

FERNANDO CARTÓN

El
Náufrago
— *de* —
Castilla

algaida



Primera edición: 2017

© Fernando Cartón Sancho, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-849-7

Depósito legal: SE. 1.574-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LA GRAN NEVADA	13
----------------------	----

LIBRO I

I	21
II	22
III	25
IV	31
V	37
VI	42
VII	50
VIII	59
IX	64
X	68
XI	80
XII	86
XIII	93
XIV	95

XV	100
XVI	109
XVII	114

LIBRO II

I	125
II	131
III	137
IV	142
V	149
VI	156
VII	163
VIII	171
IX	179
X	186
XI	195
XII	201
XIII	215
XIV	227
XV	238
XVI	244

LIBRO III

I	257
II	263
III	269

IV	277
V	288
VI	297
VII	309
VIII	319
IX	327
X	338

LIBRO IV

I	349
II	360
III	370
IV	382
V	394
VI	405
VII	415
VIII	421
IX	433
X	443
XI	453
XII	461
XIII	468

Para Marco y Katia

LA GRAN NEVADA

CORRÍA EL RUMOR DE QUE UNA MANADA DE LOBOS RONDABA cada noche la villa, pero a Gómez eso no le importó. Por encima de todas las cosas y a pesar de cualquier circunstancia, Alonso Gómez necesitaba volver a casa. Pretendía cumplir así con algo que, a todas luces, se le revelaba básico, irremplazable y fundamental; no era otra cosa que el deseo de estar con ella, con su esposa.

Enseguida comprobó que sus huellas habían desaparecido. Otra media jornada nevando de forma copiosa había sido tiempo suficiente para borrar cualquier vestigio de su paso en la mañana de aquel mismo día, ya casi agotado. Si no fuera porque se trataba de una ruta de sobra conocida por él y porque sabía perfectamente que su mujer lo esperaba, habría dado media vuelta para quedarse aquella noche —y todas las que hicieran falta— en la habitación de tropa del cuartelillo de palacio, al calor humilde de unas brasas y a la espera de unas sopas de pan.

Sin embargo, no era eso lo que su corazón le pedía. La imagen de Julia se le aparecía reflejada en la misma nieve que

le impedía el paso; se le mostraba, también, suspendida en el aire, perfilada por su propio aliento exhalado a cada zancada... Primero, se dio cuenta de que los tres meses que llevaba casado no habían supuesto tiempo suficiente para acostumbrarse a ella; que le pesaban mucho los años de vida solitaria y que, por ello, estaba seguro de poder superar su ausencia. Pero, enseguida, le vinieron a la memoria su rostro joven y adolescente; su cabellera negra; sus piernas largas, suaves; su pecho cálido y su voz siempre serena como una noche sin cigarras. A cada paso en la nieve, entre resbalón y resbalón, Alonso levantaba la cabeza y ponía la mirada a lo lejos, en el castro de San Mamés, intentando contar de manera matemática, una por una, las varas que aún lo separaban de su morada. Pero su caballo se mostraba nervioso y no paraba de relinchar. Por eso, se percató de que debía tener mucho cuidado en aquel suelo tan incómodo, no trató de acelerar la marcha y se conformó, por el momento, con el calor que fabricaba su mente, en la que siempre rondaba Julia, su joven esposa.

Volvió entonces a nevar. Primero de forma lenta y pausada, casi intermitente; más tarde, arreció. Quiso rebujarse un poco más en su capa raída que, por tanta mugre como acumulaba, se había vuelto de un color indefinido y prácticamente impermeable, algo muy de agradecer en tales circunstancias. Del embozo sacó la mano izquierda para despejarse el mentón de los copos acumulados y, también, para pellizcarse las mejillas, en las que sentía clavados, como agujijones, pequeños cristales de hielo.

—Se está poniendo fea la cosa —dijo en voz alta como para que lo oyera el caballo.

El animal, entonces, resopló.

—Tú también tienes frío, ¿eh? Tranquilo, que ya llegamos al puente.

No es que Alonso Gómez fuera un estúpido que gustase de hablar con las bestias, pero sí era del todo consciente de que siempre la conversación, aun con un caballo, acorta ostensiblemente las distancias.

Sus pasos se detuvieron como por instinto cuando llegaron al mismo borde del pequeño puente de piedra sobre el Ahogaborricos.

—Tenemos que tener cuidado, Moro. Seguro que esas piedras resbalan. Tú sígueme, sin miedo.

Moro, en ese instante, piafó.

Pero no habían comenzado a cruzar aún cuando el hombre de capa gris y su montura levantaron la mirada, atraída por algo que se les echaba encima. De repente, Alonso creyó oír un aullido.

—Los lobos... Ya están aquí —dijo a la vez que se llevaba la mano a la espada. Se dispuso entonces a liarse a cuchilladas y repartir puntazos en la oscuridad, a diestro y siniestro, como en sus mejores años de soldado en el Tercio. Y, al igual que entonces, decidió vender cara su vida y, por supuesto, la de su caballo, pues, como se dice desde antiguo, «quien en batalla pierde su montura, pierde bolsa, honra y compostura».

Sin embargo, sobre el viento y la nieve, emergiendo de la oscuridad de la noche, Alonso reparó en que, gracias a Dios, lo que se les acercaba no eran lobos sino Torca, su enorme perra mastina, lo cual, además de suponer un alivio infinito, les dio a entender a ambos que ya estaban muy cerca.

Los animó aún más el tenue centelleo de un farol que se perdía a lo lejos, en la noche negra de aquel primero de diciembre. La lámpara oscilaba sin pretensiones tras la ventana situada en la parte alta de una casa, la única que quedaba en pie en la aldea de San Mamés: su casa. Y eso hizo especialmente feliz a Gómez, pues significaba que Julia la había encendido

para él. Aquella luminosidad tan insignificante les dio la oportunidad de abrirse paso con certeza en los últimos minutos de un terrible día de temporal. Y siguieron el resplandor los tres: perro, caballo y amo, como los tres Reyes Magos que siguieron al cometa.

Cuando Alonso entró en la casa, llamó a gritos a su mujer. El zaguán estaba a oscuras y, en contra de lo habitual, Julia no salía a recibirlo.

—¡Julia! ¡Julia! —gritó una y otra vez, hasta que una voz femenina respondió desde alguna de las estancias.

—¡Aquí!

En la penumbra, no le fue difícil darse cuenta de que bajo la cancela que cerraba la cocina se escapaba un haz de luz. Sin otra opción, hacia el resplandor, de nuevo, se dirigieron a ciegas sus pasos. Abrió la puerta y allí estaba Julia, su esposa, dentro de un barreño enorme, bañándose en cueros, entre tinas metálicas repletas de agua humeante.

Como la chimenea y el fogón de hierro hervían múltiples peroles, el ambiente se había vuelto inusualmente cálido y sobrecargado de vapor. La atmósfera resultaba difusa, tanto que se hacía imposible distinguir los contornos de los objetos más lejanos, pero el olor del romero hervido en una de aquellas marmitas reavivó la sangre y la respiración congestionada del atónito Gómez, que se quedó petrificado, con cara de estúpido, al contemplar el cuerpo desnudo de su mujer.

—Pasa ya y cierra la puerta —le ordenó ella mientras se dejaba caer por encima un jarro de agua.

Alonso recorrió también con la mirada la caída violenta de aquel torrente, que aplastó en un santiamén su pelo largo y negro hasta dejarlo lamido, que se coló como un cazador furtivo entre las dos copas de su pecho y que se escapó, al fin, por el trampolín de sus caderas para besar sus pies dentro del ba-

rreño... La piel de Julia desprendía vapor por todas partes y olía a hierba... Ella se dio cuenta de la forma en que su marido la miraba y, quizá por pudor, se volvió de espaldas.

—¡Qué bien se está aquí! —Fue lo único que se atrevió a decir Gómez.

—¿Sigue nevando?

—Cada vez más fuerte.

—Nos vamos a quedar aislados en medio de la nada...

—Ya estamos aislados, Julia. Pero, tranquila, que el temporal pasará. Además, mañana estoy rebajado de servicio.

—¿Cómo? ¿No tienes que ir a la villa? —dijo ella mientras se frotaba con una esponja.

—No, verás...

Pensó contarle ciertas noticias recibidas en palacio y cómo a consecuencia de ellas se le venía encima un viaje en el que acompañaría a su amo por los difíciles caminos que llevan al sur. Pero ni siquiera podría haberla informado, a ciencia cierta, del momento exacto de la partida ni, mucho menos, de cuánto tiempo debería permanecer ocupado en tal servicio. Por eso, con la vista puesta en las nalgas redondas y humeantes de Julia, llegó a la conclusión de que no le era lícito romper la magia de ese momento tan cálido después del cierzo helador, de ese instante tan confuso y onírico tras la vehemencia aplastante de la tempestad. Prefirió dejar ese tipo de explicaciones para otro momento y se limitó a sujetar cariñosamente con las manos los hombros pálidos de su mujer para que se detuviera. Y ella se detuvo. Y él la besó en la nuca.

—Don Juan me ha dicho que no hace falta que acuda al trabajo mientras dure este tiempo.

—Eso es una gran noticia —dijo ella aparentando entusiasmo.

—Sí... Nos vendrá bien pasar algunos días juntos...

—Eso creo yo también. Desde que llegó el condestable estás más tiempo con él que conmigo...

—Esa es la tarea por la que me paga, niña... y no te olvides de las treinta yemas que nos regaló. Además, me ha prometido...

—¿Qué? —preguntó ella sobresaltada mientras se daba la vuelta.

—Pues... algo.

—Pero ¿qué es lo que te ha prometido? —insistió.

—No sé, no lo dijo...

Como Alonso Gómez se dio perfecta cuenta de la expresión inmóvil en el rostro de Julia, que esperaba una explicación que no llegaba, solo por el mero hecho de complacer su curiosidad y satisfacerle el capricho, pues siempre se sentía bien después de hacerlo, no dudó en rematar aquella cuestión contándole todo cuanto recordaba de su conversación con el condestable:

—Solo me dijo que nos hará un buen regalo cuando te quedés preñada. No me dijo cuál.

—Deberías habérselo preguntado, por si luego se le olvida.

También ella dio por zanjado el tema. Estiró el brazo intentando alcanzar un camisón de lino, pero fue Alonso quien se adelantó y lo puso en su mano. Aquel tejido se pegó a su cuerpo mojado como una segunda piel. Resaltó aún más sus formas jóvenes y perfectas y la hizo sentir muy segura de sí misma, tanto que Julia se olvidó pronto de la mirada alobada de su marido y se dispuso de esa guisa a prepararle algo para cenar.

LIBRO I

I

DON JUAN RELEÍA, UNA Y OTRA VEZ, EL DESPACHO QUE esa misma tarde había llegado de la corte. Lo trajo un correo real jugándose el tipo al atravesar los puertos y la llanura helada de Castilla. De manera muy especial, aquel otoño de 1587 estaba resultando desapacible y frío, no solo por las nevadas tan tempranas, sino, sobre todo, por la ventisca del norte, más propia de los meses de invierno.

Precisamente, era el viento helado que se estrellaba contra los ventanales del palacio lo único que podría haber turbado la atenta lectura de don Juan, pues, hacía tiempo, los criados habían apagado todas las luces y se habían retirado a dormir. Sin embargo, el traqueteo constante de los cristales y el silbido fantasmal de la ventolera colándose por los huecos no consiguieron despegar la mirada del condestable de la carta que su católica majestad le había remitido con toda urgencia. Y aunque la luz de las velas oscilaba haciendo difícil su lectura, por tercera o cuarta vez los ojos de don Juan quedaron pegados al sello y firma de aquella misiva:

YO, EL REY.

II

LA MAÑANA SIGUIENTE NO FUE MUY DISTINTA DE LAS ANTERIORES. Había vuelto a nevar y daba la impresión de que las nubes no tardarían en descargar de nuevo. Don Juan quiso comprobar por sí mismo la crudeza de aquel prematuro invierno que azotaba sus posesiones en la tierra de Villalpando y subió, después de desayunarse algo de pan y un buen tazón de leche hirviendo, por si eso conseguía hacerlo entrar en calor, al torreón artillado de su palacio, desde donde, sin duda, podría contemplar hasta qué punto el temporal había dejado aislada la villa.

—¡A las órdenes de su excelencia! —exclamó el soldado de guardia, a quien le castañeteaban los dientes.

—A la paz de Dios. ¿Tienes frío, muchacho? —le preguntó el condestable.

—No, señor. Quiero decir... un poco.

—Anda, baja a calentarte. O mejor, ve a las cocinas y di que te den un plato de sopa. Yo me quedo aquí, en tu puesto.

El guardia no dudó ni un solo momento. Obedeció sin rechistar la orden de su señor, como un buen soldado, y sin

desprenderse de la alabarda se encaminó despacio hacia la escalera poniendo mucho cuidado en no resbalarse. Don Juan creyó oír como chascaban las entumidas articulaciones del joven infante y pensó que acabarían por romperse a causa del frío. Pero no, no eran músculos y huesos lo que crujía, sino los pasos del centinela en la nieve virgen.

—Y no tardes mucho en regresar si no quieres verme tieso como un carámbano —le voceó el condestable mientras el agradecido soldado se perdía por las entrañas del torreón.

Las sospechas de don Juan Fernández de Velasco, duque de Frías y condestable de Castilla, se confirmaron tras comprobar desde su atalaya como la nieve había hecho desaparecer las huertas cercanas a la villa, los pozos encalados que las riegan, los sembrados que el día anterior despuntaban de tímido verde y hasta los caminos que serpentean entre unos y otros... Para su desgracia, el mundo se había teñido de blanco.

Apoyándose sobre una culebrina, miró al cielo. Tampoco transmitían muchas esperanzas de cambio las nubes grises y compactas, tan cercanas que casi podía tocarlas con la mano.

—Volverá a nevar —pensó en voz alta.

Aun así, distinguió la figura de un hombre que, a pie, tiraba de las riendas de un caballo abriéndose paso trabajosamente sobre la nieve. Había dejado atrás el cenobio de San Lorenzo y parecía dirigirse a la puerta de San Miguel. Don Juan creyó conocer a aquel hombre y durante un buen rato lo siguió con la mirada. Cuando estuvo un poco más cerca, reparó en sus pies, que se clavaban en la nieve hasta más arriba del tobillo y, por supuesto, en las pezuñas del animal que también desaparecían sepultadas hasta los espolones. Aquella dolorosa marcha continuó, incluso, después de que ambos, amo y caballo, consiguieran llegar resoplando, casi exhaustos, a las prime-

ras casas de los barrios extramuros. Efectivamente, por la dirección que llevaban, se dirigían a la puerta de San Miguel.

—No vamos a poder hacerlo —volvió don Juan a hablar solo—. Es imposible mientras dure este tiempo...

En ese instante, poco antes de que el viajero y su montura hubieran cruzado el portón de la muralla, los pensamientos del condestable quedaron interrumpidos por los pasos nerviosos del soldado de guardia, que había vuelto.

—¡Ven, corre! —le ordenó—. ¿Quién es ese del caballo que va a entrar por San Miguel?

El joven soldado se asomó entre las almenas y, sin ningún género de duda, contestó:

—Alonso Gómez, excelencia, el capitán de vuestra guardia.

—Lo imaginaba. Ve a su encuentro y dile que venga a verme tan pronto como pueda.

—¿Aquí, excelencia?

—No, aquí no. A mi escritorio.

El soldado obedeció de inmediato, contento por la oportunidad que se le brindaba de cumplir una orden tan directa de su señor y, al mismo tiempo, porque eso le procuraba, otra vez, la posibilidad de moverse por el interior del palacio y zafarse así del frío y de la brisa helada que soplaba en lo alto de la torre. Pero antes de que se hubiera ido, el condestable se dirigió a él de nuevo:

—Por cierto, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Gabino, señor. Gabino Allende. Y puede creerme su excelencia que ya no soy ningún muchacho; tengo bien cumplidos los veinte años.